

Tierra y Libertad

Numero suelto: 6 centimos

Redacción y administración: Calle Cadena, 39. 2.º. 1.º

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción España un trimestre . . . 1'00 . . .
Extranjero . . . 1'50 . . .

El Instituto de Reformas Sociales

Fué denunciado nuestro número 173 por el artículo en que con motivo de haber sido rechazada por los huelguistas del Arte Fabril la intervención del Instituto de Reformas Sociales demostráramos no sólo su inutilidad sino lo negativo de su actuación en lo que afecta a la clase trabajadora.

La denuncia nos sorprendió. En un país donde, según la Constitución, todo puede someterse a la crítica pública, excepto la personalidad del monarca, nos pareció un exceso de oficiosidad el acto del fiscal.

Ahora ya no somos nosotros solos, ni la prensa sindicalista. Es el ministro de la Gobernación, de cuyo ministerio depende el citado Instituto, quien en una entrevista celebrada con el jefe del partido socialista, declara que dicho organismo no cumple los fines para que fué creado.

Nos place la declaración del ministro, aunque pensamos de diferente manera.

España no es un país ni siquiera reformista para las cuestiones sociales. Un Lloyd George, sólo al iniciar sus proyectos, hubiera caído estrepitosamente del gobierno quedando inutilizado para lo sucesivo. Esto le ocurrió, en asunto de menos importancia, al ministro liberal don Venancio González.

El Instituto de Reformas Sociales, al crearse, no tuvo por objeto iniciar, y mucho menos proponer, ninguna reforma que beneficiara al proletariado. Se creó en una época de agitación obrera y no tuvo otro objeto que castigar las ansias revolucionarias a la vez que ofrecer *asilo seguro* a aquellos cuya ambición era el único objeto que les guiaba al erigirse en directores de masas.

Y tendida ante la vista la red del flamante organismo, con el cebo de sus retribuciones y cuotas, cayeron en ella los que habían de caer; ni siquiera uno de los que honradamente creen que la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos. Y otro tanto ocurre con los tribunales industriales.

Dirigid vuestra mirada hacia los institutos y tribunales de Madrid, Barcelona y demás capitales industriales y veréis que en ellos se han refugiado todos los que se han cansado

o han nacido cansados de trabajar; todos los chupa-cuotas de los sociedades obreras; todos los detractores del sindicalismo y del anarquismo; todos, en fin, los que buscaban su emancipación como asalariados importándoles un bledo la emancipación del proletariado como clase.

¿Desinterés o amor a la justicia en esta gente?

Fijarse en este detalle. Y nos referimos a Barcelona, para no incurrir en equivocaciones; pero seguros que en las demás capitales habrá ocurrido lo mismo:

Al crearse los tribunales industriales, todos los que trajeron revueltas las sociedades obreras para acaparar los puestos eran individuos que si bien pertenecían a sindicatos hacía años que en las fábricas y talleres no se les conocía; por lo tanto, al desempeñar su cometido no perdían ningún día de trabajo, y por consecuencia, ningún jornal. Pues lo primero que hicieron fué reclamar que el Ayuntamiento o el Estado les recompensara los jornales que perdían. Y lo consiguieron.

Otro tanto ocurrió al crearse los Institutos de Reformas Sociales.

Azcárate, Canalejas y Moret, sabían que estos organismos no son más que un medio para sostener unos cuantos parásitos y que sus componentes ni hacen, ni pueden, ni quieren hacer nada que beneficie a los explotados, quedando reducidos a meros auxiliares de las grandes empresas explotadoras a las que les sacan las castañas del fuego cuando sus intereses están en peligro. Los ex-obreros que se lanzaron sobre las prebendas que se les ofrecían, sabían también que aquello sólo serviría para asegurarles, bien en forma de sueldos o de dietas, la vida de canónigo a que hace tiempo aspiraban.

Así, pues, disintimos por completo de la opinión del ministro de la Gobernación y afirmamos que el Instituto de Reformas Sociales *si cumple los fines para que fué creado*.

Pero si el ministro cree lo contrario, intente suprimir del presupuesto la consignación a ello destinada y verá cómo los castradores de energías se convierten en revolucionarios y no cejan en su actitud hasta que vuelvan a ocupar sus canongías.

De la muerte de Bebel

El jueves 14 de agosto llegué a Zurich para visitar a mi amigo, el mismo día en que llegaba a esta ciudad para ser incinerado el cuerpo de Bebel, muerto en los Grisones en la noche del 12 al 13, y he formado parte del convoy fúnebre del socialista alemán, (me consideraba con derecho a ello como miembro pasivo de la sección de Aussersihl de la organización de la antigua Juventud socialista). Aunque el método de organización y de acción del partido de que era jefe desde la muerte de Liebknecht, fuese opuesta en muchas cosas a las ideas de la Asociación Internacional de los Trabajadores, yo no podía olvidar la actitud de Bebel en 1870 y 1871, su valerosa protesta contra la guerra y contra la anexión de la Alsacia. Con análogo sentimiento seguí en 1881 el féretro de Blanqui, al lado del revolucionario ruso Tkatchof, uno de sus discípulos y admiradores, y detrás de Rochefort, que presidía el duelo.

Conviene recordar que Bebel no fué el único, entre los socialistas alemanes, que mostraron su bravura: W. Liebknecht se asoció a su actitud y participó de su condenación a dos años de fortaleza, en el proceso de Leipzig, en marzo de 1872; seis individuos del Comité central del Partido obrero de la democracia socialista que firmaron en 5 de septiembre de 1870 un manifiesto reclamando la paz con la República francesa, fueron conducidos, encadenados, a la fortaleza de Boyen, donde se les unió el veterano de la democracia alemana, el Dr. Jacoby, de Koenigsberg, que había protestado, en 14 de septiembre, en una reunión pública, contra la anexión de Alsacia-Lorena.

Huliera tenido razones para abstenerme: no he olvidado que en 1869 Bebel se asoció a las calumnias, que no retracto por su parte, dirigidas contra Bakounine por varios social-demócratas alemanes, que le representaban como un agente del gobierno ruso y

que la batalla decisiva en Europa ha de venir aún, y que antes de poco el grito de guerra del proletariado parisién: ¡Guerra a los palacios, paz a las cabajas, muerte a la miseria! será el grito de guerra del proletariado universal.

Después de las elecciones de enero de 1874, el Reichstag contó con nueve diputados socialistas: seis miembros de la fracción de Eisenach, y tres lassalianos. Estos últimos no se mostraron menos intrépidos e irreconciliables que Liebknecht y Bebel: Hasselmann, por ejemplo, en diciembre de 1874, declaró que los debates del Reichstag no eran más que una comedia, y, hablando de la Comuna de París, glorificó a sus defensores, añadiendo que, por su parte, en caso análogo, haría lo mismo.

Ese lenguaje recibía, naturalmente, la aprobación de todos los socialistas. Antiparlamentari, nos decíamos. En el *Boletín de la Fracción jurasiana*: "Conviene que delegados del pueblo vayan a las asambleas del privilegio y del capital para denunciar a esas asambleas la nulidad de sus actos; conviene que la masa se ilustre sobre la impotencia del parlamentarismo; conviene que, afrontando la rabia de sus enemigos, el socialista alemán afirme, ante los bigotes de Bismarck, el derecho a la revolución y la solidaridad de los obreros de Alemania con los combatientes de la Comuna de París".

Por desgracia los diputados socialistas alemanes conservaron poco tiempo esa actitud intransigente. Cuando el número de sus electores aumentó considerablemente, y que ellos mismos constituyeron un grupo numéricamente respetable, constituyeron una fracción parlamentaria como las otras, ambicionaron concurrir a la confección de las leyes y se portaron como representantes legales de un partido constitucional.

Esa evolución quizá era fatal, pero no podemos celebrarla.

La prensa del socialismo parlamentario y las autoridades del partido en diversos países se han entregado, con motivo de la muerte del que llamaban el "viejo león", a manifestaciones de un lirismo hiperbólico. La oficina del Consejo nacional francés ha declarado que la muerte "es una desgracia irreparable para el proletariado internacional", a pesar de que todos saben que Bebel no ejercía ya influencia positiva sobre la marcha de los asuntos, ni aun en Alemania. El *Peuple*, belga, ha escrito: "Bebel fué a la social-democracia lo que Bismarck fué al imperio alemán. Acaba de desaparecer un Titán de la lucha social." El *Volkrecht*, suizo, dice que "lo que Bebel ha realizado como orador, escritor y organizador es grande, pero más grande es aún su personalidad"; y, en embargo, un periodista alemán imparcial ha hecho constar que "Bebel, como pensador, no era un hombre original y superior". El *Vorwärts*, de Berlín, órgano central del partido, proclama que "amás persona alguna, entre los jefes del socialismo, ha podido tener la influencia de Bebel sobre el proletariado alemán; ni Marx, ni Engels, ni Lassalle han poseído semejante influencia";—y da en seguida, aunque involuntariamente, la nota cómica refiriendo seriamente en un artículo titulado "Fidelidad a las convicciones" y firmado por E. Bernstein, que en 1881, por no haber querido hacer ciertas concesiones, Bebel perdió su asiento de diputado de Dresde, "lo que le causó un perjuicio material sensible, porque (los diputados no tenían paga todavía) perdió su permiso de circulación en los ferrocarriles, que le facilitaba los viajes que necesitaba para su comercio".

Un periódico republicano radical alemán, la *Frankfurter Zeitung*, ha publicado un análisis imparcial y simpático, muy fino y sagaz, de la personalidad de Bebel, mostrando de una parte sus cualidades reales, y de otra, lo que le ha faltado para ser verdaderamente un hombre superior. Ese juicio, en mi concepto, será el de la historia. Las exageraciones de la prensa social-demócrata serán olvidadas, la verdad prevalecerá.

El convoy fúnebre de ayer ha ofrecido un espectáculo interesante: una espesa multitud de curiosos presenciaba el espectáculo a ambos lados; el cortejo mismo, seguido por destacamentos de guardias de policía, comprendía, detrás de un féretro suntuoso, una diputación de esas mismas autoridades zuriquesas, que el año anterior sacaron las tropas a la calle contra los

huelguistas, muchas banderas, varias músicas, una veintena de carruajes a dos caballos llevando notabilidades y delegados extranjeros, señores con sombrero de copa, y las sociedades obreras de la ciudad y sus contornos. No tocaron las campanas de la catedral, aunque muchos lo hubieran deseado, pero la de la iglesia de Sankt-Jakob fueron echada a vuelo durante los cuarenta y cinco minutos que tardó en desfilar el cortejo; como que los monaguillos (*Kirchensrate*) de aquella iglesia eran socialistas.

Mi amigo F. Bruptacher, colaborador de *La Bataille Syndicaliste*, no creyó deber unirse al cortejo; no había nacido aún en 1870, y en la actualidad es uno de los que en Suiza y en Alemania luchan valerosamente contra las malas tendencias de los potentados de la Social Democracia; tenía pues, motivos fundados para abstenerse.

Yo, por el contrario, que soy un "viejo de la vispera" quise atestiguar con mi presencia que las preocupaciones nacionalistas me son desconocidas, que todo odio personal es extraño a mi corazón, y que pienso que puede honrarse en un hombre el valor y la sinceridad, aunque no asociándose a sus errores.

Decíame yo, siguiendo al féretro: "Con este hombre enterramos la So-

cial-Democracia alemana del pasado: una generación nueva dará al proletariado alemán una nueva orientación";—y también: "Este muerto es bien muerto; no renacerá ya; pero Bakounine, modestamente enterrado en Berna en 1876, está vivo y es inmortal".

JAMES GUILLAUME

Zurich, 18 agosto 1913.

(De *La Bataille Syndicaliste*).

La guerra

¡Aquello fué horrible! Entre mujeres y niños había más de mil almas. Todo el mundo llullaba. Se rodeó el tren y no se le dejaba partir. Hasta los extraños lloraban mirando lo que pasaba.

Una mujer de Tula dejó escapar un grito y cayó muerta. Dejó cinco hijos. Se les ha distribuido en los asilos; mas, a pesar de todo, se han llevado al padre...

¿Y qué falta nos hace Mandchuria? Nos basta con nuestra tierra. ¡Cuánta gente se ha muerto! ¡Cuánto dinero se ha gastado!

LEÓN TOLSTOI

A OBRERAS Y OBREROS DEL ARTE FABRIL

Renace la calma en Cataluña tras unas semanas de grave inquietud, causada por las reivindicaciones obreras de 100,000 tejedores y tejedoras, y por los conatos de huelga general solidaria de todo el proletariado catalán.

El Arte Fabril vuelve al trabajo, bien puede decirse la Cataluña obrera, ya que en Cataluña el telar es el artefacto predominante sobre similares y auxiliares.

La huelga fabril ha terminado ante la aparición y adopción de la consabida fórmula transaccional, recurso indispensable en las situaciones de tira y afloja en que se busca un término pasadero renunciando de antemano a la solución justa, porque la justicia no tiene vida posible en el mundo burgués, en la esfera del privilegio, en el régimen del salario, del capital y de la propiedad.

A la publicación del presente escrito trabajarán los que fueron huelguistas y esquiroles, con ventajas nominales al principio y aparentemente positivas después, quedando, para honra del proletariado emancipador y como víctimas de pasado conflicto, los presos acusados de supuestos complots o coacciones, y los obreros y obreras señalados e inscriptos en las listas del Pacto del Hambre como peligrosos por efecto de su superior inteligencia, de su incansable actividad y de su bondad esencial y constante.

La pasada huelga, atribuyéndose el discutible triunfo obreros o patronos, es una lección de humanidad y de sociología que han dado los tejedores y más aún las tejedoras a privilegiados, a gobernantes y al público en general.

Jornadas de once horas en la capital, de doce, trece y un horrible etcétera aumentativo en fábricas de comarcas apartadas, realizadas por hombres que en ellas consumían su vida, por niños que se veían privados de alcanzar su desarrollo físico e intelectual y por madres de familia que además del trabajo de la fábrica habían de atender al del hogar, daban un resumen que constituye un crimen de lesa humanidad, sobre la conciencia de los capitalistas, sin dejar exento de responsabilidad a todo el que usa camisa producto de una industria que esclaviza y mata prematuramente tanto trabajador.

Lo malo es que lecciones de esa clase, si no determinan actos, si no influyen en la voluntad de quienes han de beneficiarse de ellas, si sólo quedan como datos escritos, resultan letra muerta y caen en el abismo de lo ineficaz y de lo inútil.

Entretanto, en esta huelga ha prevalecido lo arbitrario y circunstancial, que no se ajusta al doctrinarismo burgués, ni al socialismo anquilosado en el autoritarismo, ni al sistema racional y libre de la acción directa.

Prevalecen los hechos encauzados en un ambiente de acción rutinaria que, no obstante, se explican conforme a los deseos y a las tendencias sectarias, no a la lógica de los principios: ni la gente del "dejad hacer, dejad pasar" ha dejado de poner el bastón y aun el chafarote de los que mandan en uno de los platos de la balanza; ni los devotos de la Caja de Resistencia han esperado la oportuni-

dad de la lucha con arreglo a la pureza teórica; ni los de la Acción Directa han dado a la cuota intelectual, activa y pasional de todos y de cada uno su positivo valor.

Los hechos han demostrado que los gobernantes demócratas, al anuncio de la huelga, aunque perfectamente justificada, preparan sus jaurías de ministriles y toman preventivamente los puntos estratégicos; que hay resistentes que agotan en huelgas antireglamentarias el dinero de las cuotas y que recurren en los mitines de última hora a las amenazas impotentes del enano de la venta; que hay sindicalistas que al ver pasar los días de huelga sin esperanza de que los burgueses se rindan piden solidaridad monetaria.

En resumen: trueque circunstancial de prepes. No da más de sí la hora presente.

Considérese como triunfo o como fracaso a la reciente y pasada huelga, nadie puede dormirse sobre los laureles ni lebe hundirse en escéptico pesimismo.

En la lucha emprendida por los trabajadores para realizar por sí mismos su emancipación, esa huelga es una escaramuza, un simple episodio sin la menor influencia decisiva, y, por tanto, hay que dispnense a continuar. ¿Cómo? Téngase en cuenta la importante declaración de Morato recordando la "Revisión de valores" de Mella: "de este movimiento salen bastante quebrantados los valores tradicionales *organización, dirección, disciplina* y en auge el factor *espontaneidad*".

Esa *espontaneidad* supone un triunfo, una relativa emancipación de los errores que por atavismo se habían cobijado bajo la cubierta de la *organización, la dirección y la disciplina*; pero no olvidemos que la *espontaneidad* puede ser *impulsiva e irreflexiva e imprudente y decisiva*.

Para lograr una espontaneidad perfectamente eficaz recurramos, en los tiempos de tregua y relativa paz social, a los medios salvadores: la enseñanza racionalista, los ateneos sindicalistas, la prensa obrera, las excursiones de propaganda, a todos los medios de ilustración y difusión del ideal, seguros de llegar a los tiempos de acción con una espontaneidad individual y colectiva racionalmente determinada y dispuesta a todo.

Considérese que si la inteligencia y la actividad de los trabajadores, alocionados por la experiencia, evitara los escollos evitables, aquellos en que suele estrellarse el ímpetu de los irreflexivos, de los que frecuentemente exigen y desperdician solidaridad, se ahorrarán muchos días perdidos en prisiones, muchos recursos empleados en su auxilio, muchas lágrimas, muchas súplicas, muchos rebajamientos, muchos sacrificios, y se ganaría en cambio mucho tiempo, mucha libertad, mucha dignidad, mucha fortaleza y grandes beneficios en cultura y hasta en ventajas materiales, obtenidas espontáneamente, como homenaje rendido al saber y al poder.

Si esas consideraciones tomaran cuerpo y consistencia, podríamos dar por bien venida la huelga que las inspiró.

ANSELMO LORENZO